que todos suspiramos, y de la que somos, sin distincion de orígen ni lengua, ciudadanos. Hasta el mismo pueblo hebreo se permitia la usura, prohibia los matrimonios y los enlaces con los estranjeros, y sin embargo, sus profetas habian vaticinado esa igualdad universal, cuando inspirados por el espíritu de Dios, cantaron: "Siervo mio " eres tú, Jacob; sobre tí puse mi espíritu, y pro- " mulgarás justicia á las naciones. Yo, el Señor, " te tomé de la mano y te puse para ser recon- " ciliacion del pueblo, para luz de las gentes. Con- " gréguense en una todas las naciones, y reúnan- " se todas las tribus. Un dia, cuando esté prepa- " rada la casa del Señor en la cumbre de los co- " llados, correrán á él todas las gentes y dirán: " Venid, subamos al monte del Señor y á la casa " del Dios de Jacob, y nos enseñará sus caminos " y andaremos en sus senderos; porque de Sion " saldrá la ley y la palabra de Jerusalem: juzga- " rá á las naciones y será árbitro de los pueblos, " y de sus espadas forjarán arados, y de sus lan- " zas hoces; no alzará la espada una nacion con- " tra otra, ni se ensayará para la guerra, y cada " uno se sentará bajo su vid y debajo de su hi- " guera, y no habrá quien cause temor; será la " paz obra de la justicia, y el cuidado de culti- " varla proporcionará una seguridad que durará " eternamente."

El esclusivismo era el carácter distintivo de las

sociedades paganas, y como consecuencias necesarias surgian de este principio la esclavitud, la crueldad y el menosprecio á las mujeres.

El espíritu de conquista, espíritu dominante en todos los pueblos, creaba la esclavitud con todas sus miserias en los vencidos, y el despotismo con todos sus horrores en los que triunfaban. La crueldad aparecia en toda su deformidad en los sacrificios humanos destinados á aplacar deidades que el capricho creara, y que como parto de la imaginacion del hombre estraviada, eran monstruos en vez de séres perfectos, y en lugar de dioses, demonios adornados de todos los vicios del ángel de las tinieblas, que dominaba casi todas las almas; y como si no fuera esto suficiente, como si los campos de batalla y las aras no bastasen á saciar el furor de los dioses y de los hombres, se inventaron los circos y los anfiteatros, las luchas con las fieras y los juegos de los gladiadores, y allí, en esos espectáculos sangrientos, se imprimia, hasta en los niños y en el bello sexo, la barbarie y la ferocidad, desterrando de sus almas tiernas y sensibles la compasion y la humanidad. La mujer vivia sin mas libertad que para el llanto, y como no empuñaba las armas, apenas las leyes se acuerdan de ella sino para oprimirla; esclava de un padre cuando hija, y de un marido cuando esposa, no era mejor su suerte cuando viuda; ó debia lanzarse en la pira y entregar á las llamas que abra-

saban el cadáver de su marido, su cuerpo lleno de lozanía y hermosura, ó debia vivir bajo la tutela de algun pariente. Platon solo, llevado por un sentimiento natural, proclamó la igualdad de la mujer, pero solo en la casta conquistadora, dominando aun en esta concesion el espíritu esclusivo de la época, y esto arrebatándolas su mejor sentimiento, el mas hermoso derecho de la maternidad, "el de cuidar y educar sus hijos," pero Cristo, proclamando que todos los hombres tenemos un mismo padre, y estamos mancillados con una misma culpa, que viene á borrar con su sangre, destruye la esclavitud y establece la igualdad basándola en el amor á Dios y al prójimo, en la caridad envangélica, en los derechos de la humanidad hasta entonces escarnecidos, vilipendiados y mancillados.

El amor á la patria arde en el pecho de Jesucristo hasta hacerle derramar lágrimas los males á que la conducia su obstinacion, pero este amor tiene sus límites naturales; y así él, aunque aspira á elevarla, aunque desea que sea grande, rica y poderosa, no quiere ver su trono sobre los escombros de mil ciudades, ni su opulencia sobre la miseria de cien pueblos, ni su poder circundado de los gemidos del huérfano, de la sangre del oprimido, del llanto del inocente; aspira á elevarla y engrandecerla, pero sin faltar á la humanidad, elevando al mismo tiempo á todo género humano, mejorando sus costumbres y creencias.

Para esto establece el dogma de la inmortalidad del alma, y en su aplicacion la igualdad mas absoluta; dando á cada individuo su conciencia propia, los somete á perfeccionarse á sí mismos, muestra la divinidad despojada de las nubes de la supersticion y de la ignorancia, llena de hermosura y perfecciones, y nos anima á imitarla: nos hace confiar en una Providencia que vela por nosotros, que viste de plumas el ave, mantiene el insecto, y dirige sus cuidados hasta la flor mas pequeña del campo, y nos recuerda que vivimos, nos movemos y estamos siempre en la presencia del que ha de premiar ó castigar nuestras acciones, y así á la vista de esa vida futura, de ese Dios justo, nos recomienda la pureza debida y de intenciones, y á soportar con paciencia los males del destierro con la esperanza del premio eterno.

Allí, en esa vida inmortal, no se cifrará la felicidad en los goces terrenos como en el Elíseo, sino en el conocimiento perfecto de la verdad, que constituye el fin mas elevado de la inteligencia: frente á frente de Dios, su vista constituirá nuestra felicidad, y nos unirá á todos en un amor sublime, en la alegría de las recompensas alcanzadas, y despues de las pruebas de la expiacion en las glorias del triunfo.

La doctrina del Salvador, que predican sus discípulos, enseña con la unidad de Dios la unidad é igualdad del género humano: el politeismo de

los antiguos hacia que cada casa, cada pueblo, cada nacion y hasta cada vicio, tuviese un Dios especial; de aquí la rivalidad que existia entre los adoradores de los ídolos: al reves el cristianismo, echa los cimientos á una paz universal, llamando á todas las naciones, á todos los hombres sin distincion, en torno de un solo Dios, único, verdadero, que recibe los mismos homenajes de todos los fieles, que en todas partes es adorado con las mismas ceremonias que dicta para todo el mundo por boca de su Hijo unigénito, que nos redimió á todos sin distincion de clase, nacimiento, pueblo ó lengua, una fé, una ley y un bautismo. Segun este bautismo, esta fé y esta ley universal en todos los paises, se cumplen las mismas doctrinas, rigen los mismos dogmas, se usan las mismas ceremonias, las oraciones en cualquiera parte que se digan con pureza de conciencia llegan á los piés del trono del Altísimo, y cualquiera que sea el instante en que oremos, por separados que nos hallemos, nos reuniremos en la presencia del Señor que recibe nuestra súplica con benevolencia y misericordia. Esta unidad de amor, esta igualdad afectuosa de las relaciones del hombre con Dios, y de su union con él, por medio de un redentor, rejuvenece el mundo ofreciéndole una regla de eterna justicia, é impidiendo que unos hombres se consideren como fin, y otros como medio, funda la verdadera libertad engendrada por la fé y por

la práctica de la virtud; por eso dice: "Si perseverais en mi palabra seréis verdaderamente mis discípulos y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres." Y á la mujer del Cebedeo, cuando pide que sus hijos se sienten en su reino, uno á su derecha y otro á su izquierda, "No sabeis lo que pedís, responde, todo el que quiera ser mayor será vuestro criado, así como el hijo del hombre no vino para ser servido, sino para servir y para dar su vida en redencion de muchos." Palabras que indican terminantemente la regeneracion de la sociedad, la abolicion de la tiranía y el gobierno en ventaja de todos.

En virtud de esta doctrina consoladora que publican los apóstoles, amamos al prójimo como Jesucristo manda que le amemos; esto es, con una benevolencia social perfecta, y por esto no miramos al hombre como medio, sino como fin; no hacemos distincion entre el grande y el pequeño, entre el perseguidor y el amigo, haciéndonos obrar en beneficio de todos la nueva ley de la humanidad, esto es, la caridad evangélica. Cuando conocemos el precio infinito del hombre rescatado con la sangre de la víctima divina, ya no podemos esponerle en los mercados, no tenemos libertad para sacrificar al Estado el individuo ni la moralidad personal á la de la asociacion, y la verdad moral nace entonces. Con la resignacion de la cruz queda abolido el orgullo de los sabios, y ce-

sa el gemido del pobre cuando reconoce que los padecimientos son el patrimonio del hombre en su terrenal destierro: sufriendo Cristo los oprobios nos enseñó la humildad, perdonando á sus enemigos la misericordia, sufriendo los trabajos y los tormentos la resignacion y la fortaleza, perdonando las faltas de los hombres la templanza, llevando la cruz nos la dejó como testimonio de la fé, como base de la esperanza, como escitacion de la caridad. Conociendo la debilidad del hombre establece un sacramento de reconciliacion: el ladron salvado en la cruz, la adúltera elevada á la condicion de no volver á pecar, el júbilo del buen pastor al encontrar la oveja descarriada prometen el perdon ó el arrepentimiento; todo, en fin, tiende á que nos dirijamos á Dios, en quien hemos de hallar consuelo y alegría, la verdadera recompensa sin escepcion de personas, la verdadera igualdad.

El cuadro que acabamos de trazar, es el asombro de cuantos le contemplan, en él no hay una sola pincelada que no contribuya á la hermosura del conjunto, y es tal el entusiasmo que escita en el alma, que el hombre pensador le mira con un santo respeto, y con tal reverencia, que una sola palabra del Evangelio de Jesus contiene el vuelo de la imaginacion, y no deja en el alma lugar sino para la admiracion; y así en el discurso de Roberston sobre el estado del universo á la aparicion del cristianismo, se espresa en estas palabras, que por ser de tal filósofo y venir á nuestro propósito, no podemos menos de copiar: "En verdad, dice este ilustre escritor, no fué el respeto inspirado por ningun precepto del Evangelio el que proscribió la esclavitud de la tierra, sino el espíritu general de la religion cristiana, más poderoso que todas las leyes escritas. Eran benévolos y suaves los sentimientos dictados por el cristianismo: sus preceptos comunicaban tal dignidad á la naturaleza humana, que la arrancaron de la servidumbre en que se hallaba sumida."

Tal y tan hermosa era la doctrina de Jesucristo que se iba á anunciar al mundo por medio de la predicacion de los apóstoles, y tales son los principios del cristianismo; en ellos están consignados los derechos de la humanidad, ellos contienen la abolicion de la esclavitud, el horror al despotismo, la verdadera igualdad, la justa libertad. De aquí se deduce, que la mision del sacerdote es proteger el desarrollo de estas ideas, de estos principios, de estos dogmas, y ayudar y estender en la sociedad estas máximas salvadoras, para librar la humanidad de los horrores con que la vejaba la tiranía, y del envilecimiento á que la tenia reducida, conduciéndola á su dignidad, á su grandeza, á su elevacion, enseñando á los hombres que son hijos de un mismo padre y redimidos con el precio inestimable de la sangre de Jesucristo.

Ya tendremos lugar de ver al clero católico llenando estos deberes sagrados, y granjeándose por ello el aprecio de los hombres, y si aun hoy no ha llegado la sociedad á su verdadero estado de perfeccion, la culpa no es de la doctrina evangélica, como se quiere suponer, ni del clero, sino de los hombres, que sumidos en un criminal egoismo, desoyen la voz de la caridad, y llenos de orgullo quieren ser considerados como de una raza privilegiada, en quien deben vincularse los honores, las riquezas, el ocio y las dignidades, no porque el clero ni el Evangelio dejen de clamar diariamente: "el hombre es hermano del hombre, el principal encargo de Jesucristo es: amaos unos á otros."

CAPITULO III.

DESDE LA DISPERSION DE LOS APÓSTOLES HASTA LAS PERSECUCIONES.

Luego que los apóstoles, confortados con la resurreccion del Salvador, y vivificados por el Espíritu Santo, volvieron de su terror, emprendieron, con aquella constancia que inspira la fé, la conversion del mundo, y bien pronto empezaron á recoger opimos frutos de sus evangélicas tareas, acudian en tropel los prosélitos, y sin distincion de griego ni latino, judío ó gentil, todos eran bautizados, incorporados en el rebaño del Señor, admitidos á la oracion dentro del templo y al misterio eucarístico, rindiendo todos á Dios el tributo de su corazon en las acciones de gracias con la mayor sencillez y entusiasmo.